LIBRO SEGUNDO.

Virtudes y leyes morales.

CAPITULO PRIMERO.

Vicios y virtudes segun la religion.

La mayor parte de los filósofos antiguos hicieron la division de las virtudes y los vicios; pero hasta en esto es la sabiduría de la religion muy superior á la de los hombres.

Consideremos ahora en la soberbia, de que ha formado la iglesia el primero de los vicios. Este fué el pecado de Satanás, y el primero del mundo. Con efecto, la soberbia es de tal modo la raiz del mal, que se halla mezclada en todas las dolencias del alma: se la ve entre las sonrisas de la envidia; brilla en los escesos del libertinage; cuenta el oro del avaro; centellea en los ojos de la cólera, y sigue las gracias mismas de la molicie.

La soberbia es la que ocasionó la caida de Adan, armó á Cain de su maza fratricida, levantó la torre de Babel, y echó por tierra la ciudad de Babilonia. Por la soberbia se perdió Atenas con la Grecia; cayó el

trono de Ciro; dividióse el imperio de Alejandro, y cayó Roma en fin bajo el peso del universo.

En las particulares circunstancias de la vida, la misma soberbia trae consigo y produce unos efectos mucho mas funestos, porque se atreve hasta contra el mismo Dios.

Cuando buscamos las causas del ateismo, ocurre naturalmente al pensamiento la triste observacion que la mayor parte de los que se rebelan contra el cielo, tienen algo por qué quejarse de la sociedad ó de la naturaleza, á escepcion de algunos jóvenes seducidos por el mundo, ó de aquellos escritores que solo se proponen hacer ruido. Pero ¿cómo es posible que los que se hallan privados de unas ventajas pueriles que proporciona ó quita la fortuna segun su capricho, no acierten á encontrar el remedio de esta leve desgracia acercándose á la Divinidad? Este es el verdadero manantial de las gracias. Dios es en tal grado la hermosura por escelencia, que con solo pronunciar su nombre con amor, basta para comunicar algo de divino al hombre menos favorecido de la naturaleza, como ya se notó en Sócrates. Dejemos el ateismo á aquellos que careciendo del vigor necesario para hacerse superiores á los caprichos de la suerte, manifiestan en todas sus blasfemias el primer vicio del hombre tocado en su parte mas sensible.

Y si la iglesia dió el primer lugar á la soberbia en la escala de las degradaciones humanas, no con menos habilidad colocó los otros seis pecados capitales; porque no debemos persuadirnos que sea arbitrario el órden con que los vemos colocados: basta examinarle de paso para conocer que la religion pasa con admirable oportunidad de los vicios que atacan la sociedad en general, á los delitos que solo recaen sobre el culpable. De este modo, si la envidia, por ejemplo, la lujuria, la avaricia y la cólera siguen inmediatamen-

te á la soberbia, es porque estos son unos vicios que se ejercitan en un sugeto estraño, y que viven únicamente en medio de los hombres, al paso que la gula y la pereza son unas inclinaciones vergonzosas y sedentarias, que en sí mismas encuentran sus principales deleites.

Ni se encuentra menos conocimiento de la naturaleza en las virtudes que prefiere el cristianismo, y en el lugar que él las asigna. Antes de la venida de Jesucristo, el alma del hombre era un caos; pero dejóse oir el Verbo divino, y al instante se puso en claro todo en el mundo intelectual, asi como en virtud de la misma palabra quedó antiguamente todo ordenado en el mundo físico: esta fué la creacion moral del universo. Subieron las virtudes á los cielos como unas llamas puras, las unas, cual soles resplandecientes, llamaron la atencion de todos á causa de su luz brillante; pero las otras, cual modestas estrellas, buscaron el pudor de las sombras, en las cuales, sin embargo, no pudieron ocultarse. Desde entonces se ve establecida una admirable balanza entre las fuerzas y las debilidades; la religion dirigió todos sus rayos contra la soberbia, como vicio que se alimenta de virtudes, descubrióla hasta en los mas recónditos pliegues del corazon humano, y la persiguió en todas sus trasformaciones. Dirigiéronse contra ella los sacramentos cual un ejército santo, y la humildad vestida de un saco, ceñida con una cuerda, descalza, la cabeza cubierta de ceniza, y bajos y anegados en lágrimas los ojos, fué una de las principales virtudes del cristiano.

CAPITULO II.

De la Fé.

Y ¿cuáles eran las virtudes que tanto recomendaban los sábios de la Grecia? La fuerza, la templanza y la prudencia. ¡Solo Jesucristo podia enseñar al mundo que la Fé, la Esperanza y la Caridad, son las virtudes que convienen asi á la ignorancia como á la miseria del hombre!

Es sin duda una razon muy prodigiosa la que nos ha mostrado en la Fé el manantial de todas las virtudes. No hay poder sino en la conviccion: si se halla fuerza en un razonamiento, divinidad en un poema, y belleza en una pintura, es porque el espíritu ó la vista que juzgan de ellas, se hallan convencidos de cierta verdad que está como escondida en aquel razonamiento, en aquel poema y en aquel cuadro. ¿Qué prodigios no son capaces de hacer un corto número de soldados persuadidos de la habilidad de su general? Treinta y cinco mil griegos siguen á Alejandro á la conquista del mundo; Lacedemonia depositó su confianza en Licurgo, y llegó á ser la mas sábia de las ciudades; Babilonia presume que fué erigida para las grandezas, y las grandezas se prostituyen á esta fé mundana; un oráculo ofrece la tierra á los romanos y la conquistan casi toda: solo Colon entre todos los hombres del universo se obstina en creer que existe un nuevo mundo, y efectivamente, sale de las ondas este nuevo mundo. La amistad, el patriotismo, el

amor, y para decirlo de una vez, todos los sentimientos generosos son tambien una especie de fé. Los Codros, los Pilades, los Régulos y los Arrios hicieron prodigios, porque *creyeron*, y esta es la razon por que los corazones que nada *creen*, tratan de ilusiones todas las afecciones del alma, de locura todas las bellas acciones, y miran con lástima la imaginacion y la ternura del espíritu; semejantes hombres no son capaces de cosas grandes ni generosas, únicamente tienen fé en la materia y en la muerte, con la cual llegan á quedar tan insensibles como la una, y tan helados como la otra.

En el idioma antiguo caballeresco, la espresion *dar ó empeñar su fé*, era sinónima de todos los prodigios del honor. Orlando, Du Guesclin y Bayardo eran unos leales caballeros, y los campos de Roncesvalles, de Auray y de Bresa, como tambien los descendientes de los moros, de los ingleses y de los lombardos, aun nos dicen hoy dia qué hombres eran aquellos que prestaban *fé y homenage á su* Dios, *á su* dama, *y á su* rey. ¿Y será necesario citar los mártires, aquellos héroes que, segun la espresion de San Ambrosio, sin ejércitos ni legiones, vencieron á los tiranos, domesticaron los leones, quitaron al fuego su violencia y á la espada su corte? (1) La misma fé es bajo este aspecto una fuerza tan terrible, que trastornaria el mundo entero si se aplicase á malos fines. No hay cosa imposible para el hombre arrastrado por una persuasion íntima, y que somete su razon, sin restriccion alguna, á la de otro hombre. Esto nos convence de que las virtudes mas eminentes están muy cercanas á los vicios cuando están separadas de Dios, y se las mira en sus simples relaciones morales. Si los filósofos hubieran hecho esta observacion, no hubieran trabajado tanto para fijar los límites del bien y del mal. Ninguna necesidad ha tenido el cristianismo de inventar, como lo hizo Aristóteles, una escala para colocar en ella ingeniosamente una virtud entre dos vicios; ha vencido la dificultad de un modo seguro, mostrándonos que las virtudes dejan de serlo cuando no se dirigen hácia su principio, es decir, hácia Dios.

(1) Ambros.. *de Off.*, cap. XXXV.

Esta verdad resultará indudable, si aplicamos la fé á los mismos negocios humanos, y mucho mas haciéndola concurrir por interposicion de las ideas religiosas. Todas las virtudes de la sociedad provienen de la fé, siendo constante, segun el unánime consentimiento de los sábios, que el dogma que enseña á creer en Dios remunerador y vengador, es el apoyo mas firme de la moral y de la política.

En fin, si se hace de la Fé el buen uso que debe hacerse (1), si se la dirige enteramente hácia el Criador, si se considera como el ojo intelectual, con el cual se descubren las maravillas de la ciudad santa y el imperio de las existencias reales; si presta alas á nuestra alma para elevarnos sobre las penas de la vida, conoceremos que la Escritura no ensalzó en demasía esta virtud, cuando habló de los prodigios que con ella pueden hacerse. ¡Oh fé celestial! ¡Fé consoladora! ¡Aun haces mas que trasportar los montes, pues tú alivias las pesadas cargas que abruman el corazon del hombre!

(1) Véase la nota D al fin del volúmen.

CAPITULO III.

De la Esperanza y de la Caridad.

La Esperanza, segunda virtud teologal, tiene casi la misma fuerza que la fé; porque el deseo es el padre del poder, y cualquiera que desea con vehemencia, llega á conseguir. «Buscad, dijo Jesucristo, y encontrareis; llamad á la puerta, y os abrirán.» Pitágoras decia en el mismo sentido: *el poder habita cerca de la necesidad*, porque la necesidad envuelve en sí la privacion; y esta camina con el deseo. Orígen del poder; el deseo ó la esperanza es una especie de genio; tiene aquella virilidad que engendra, y aquella sed que jamás se apaga. Si á un hombre se le frustran sus proyectos, es por no haber deseado con vehemencia, ni estar inspirado de aquel amor que llega á poseer tarde ó temprano el objeto á que aspira, aquel amor que en la Divinidad lo abraza todo, y goza de todos los mundos por una inmensa esperanza, siempre satisfecha y siempre renaciente.

Existe, sin embargo, una diferencia esencial entre la Fé y la Esperanza considerada como fuerza. La Fé tiene su foco y orígen fuera de nosotros, y no nos viene sino de un objeto estraño; y la Esperanza, por el contrario, nace dentro de nosotros mismos, y propende á salir á fuera. Se nos prescribe la primera, al paso que nuestro propio deseo hace nacer la segunda; aquella es una obediencia, esta es un deseo. Pero como la Fé engendra muy fácilmente las virtudes, y desciende directamente de Dios, siendo por consiguiente

una emanacion del Ser supremo, es mas hermosa que la Esperanza.

Pero la Esperanza presenta en sí misma un carácter particular que la pone en relacion con nuestras miserias. ¡Sin duda el cielo nos ha revelado esta religion que hace de la Esperanza una virtud! Nodriza de los desgraciados, puesta al lado del hombre como una madre al lado de su hijo enfermo, le mece en sus brazos, le suspende de su abundante pecho, y le alimenta con una leche que calma todos sus dolores. Vela á su cabecera solitaria, y le adormece con canciones encantadoras. ¡Oh, qué sorpresa causa ver la Esperanza, que es tan dulce conservar, y que pareciendo un movimiento natural del alma, se trasforma para el cristiano en una virtud rigurosamente exigida! Por manera, que con cualquier cosa que haga se le obliga á beber con abundancia esta preciosa copa, en la cual tantos miserables tendrian á gran dicha humedecer sus labios por un instante. Aun hay mas (y en esto consiste la maravilla), el cristiano tendrá la recompensa por *haber esperado*, es decir, *por haber hecho su propia felicidad*. Al fiel siempre militante en esta vida, y siempre en guerra con el enemigo, se le trata por la religion en su derrota, como aquellos generales vencidos, á quienes el senado romano recibia en triunfo, por sola la razon de no haber desesperado jamás de su salud final. Pero si los antiguos tenian por tan maravilloso al hombre que conservaba la esperanza, ¿qué concepto hubieran formado del cristiano que en su admirable lenguage no dice ya *mantener*, sino *practicar* la esperanza?

La Caridad, hija de Jesucristo, en sentido riguroso, significa gracia y alegría. La religion, queriendo reformar el corazon humano, y dirigir hácia la virtud nuestras afecciones, inventó una nueva *pasion*; mas para designarla, considerando cuan espuestos están á

culpa los lazos humanos, no se valió de la palabra *amor*, por no ser bastante exacta, ni de la voz *amistad*, que se pierde en el sepulcro, ni del término *compasion*, que es demasiadamente personal, y muy espuesto al orgullo; mas encontró la espresion caridad, que comprende las tres primeras, y tiene al mismo tiempo algunos visos de celestial. De esta manera dirigió nuestras inclinaciones hácia el cielo, purificándolas y encaminándolas al Criador; por esta misma razon nos enseña aquella maravillosa verdad, de que los hombres deben amarse por Dios, que espiritualiza su amor, y solo deja de él la esencia inmortal que sirve de paso hasta él mismo.

Mas al paso que la Caridad es una virtud totalmente cristiana, emanada del Todopoderoso y de su divino Verbo, es tambien una estrecha alianza con la naturaleza. El encanto de la verdadera religion se conoce en esta contínua armonía del cielo y de la tierra, de Dios y de la humanidad. Las instituciones morales y políticas de la antigüedad están á cada instante en contradiccion directa con los sentimientos del alma. El cristianismo, al contrario, siempre de acuerdo con los corazones, no prescribe virtudes abstractas y solitarias; y sí virtudes sacadas de nuestras mismas necesidades, y útiles á todos. Puso la Caridad como un pozo de abundancia en los desiertos de la vida. «La Caridad es paciente y dulce; no procura sobreponerse á nadie, ni obra con temeridad, ni se engrie.

«Tampoco es ambiciosa, ni sigue sus intereses; no se irrita ni piensa mal.

«No se alegra en la injusticia, sino que antes bien se complace en la verdad. Todo lo tolera, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre (1).»

(1) San Pablo á los corint. cap. 13, v 4 y siguientes.

CAPITULO IV.

De las leyes morales ó del Decálogo.

Es humillante para nuestro orgullo considerar que todas las máximas de la sabiduría humana pueden encerrarse en pocas páginas; pero en estas pocas páginas se ven errores sin número: las leyes de Minos y de Licurgo solo quedaron en pie despues de la caida de los pueblos para quienes se habian establecido, como las pirámides de los desiertos, que no son sino inmortales palacios de la muerte.

Leyes del segundo Zoroastres.

El tiempo sin límites é increado es el criador de todo. La palabra fué su hija, y de esta nació *Orsmus*, dios del bien, y *Arimanes*, dios del mal.

Invoca al toro celestial, padre de la yerba y del hombre.

La obra mas meritoria es cultivar bien su campo.

Ora con pureza de pensamiento, de palabra y de accion (1).

Enseña el bien y el mal á tu hijo de edad de cinco años (2).

Castigue la ley al ingrato (3).

Que muera el hijo que haya desobedecido á su padre por tres veces.

(1) *Zend-Avesta.*
(2) Jenoph. *Cyr.*; Plat., *de Leg.*, lib. II.
(3) Jenoph. *ib.*

La ley declara impura á la muger que pasa á segundas nupcias.

Azota con varas al falsario.

Desprecia al mentiroso.

Al principio y fin del año guarda diez dias de fiesta.

Leyes de los indios.

El universo es Wichnou.

Todo lo que ha sido, es él; todo lo que es, es él; todo lo que será, es él.

Hombres, sed iguales.

Ama la virtud por sí misma: renuncia al fruto de tus obras.

Mortal, sé sábio, y serás tan fuerte como diez mil elefantes.

El alma es Dios.

Confiesa las faltas de tus hijos al sol y á los hombres, y purifícate en el agua del Ganges (1).

Leyes de los egipcios.

Chef, dios universal, tinieblas desconocidas, oscuridad impenetrable.

Osiris es el dios bueno, Tifon el dios malo

Honra á tus padres.

Sigue la profesion de tu padre.

Sé virtuoso; los jueces del lago pronunciarán despues de tu muerte acerca de tus obras.

Lava tu cuerpo dos veces al dia y otras dos por la noche.

Mantente con poco.

No reveles los misterios (2).

(1) *Pr. des Br. Hist. of. Ind.* Diod. Sic. etc.
(2) Herod., lib. II; Plat., *de Leg.* Plut., *de Is. et Os.*

Leyes de Minos.

No jures por los dioses.

Hombre jóven, no examines la ley.

La ley declara infame á cualquiera que no tenga un amigo.

Sea coronada de lana, y vendida la muger adúltera.

Sean públicas vuestras comidas, vuestra vida frugal, y vuestros bailes guerreros (1).

(No pondremos aqui las leyes de Licurgo, porque en parte no son mas que la repeticion de las de Minos).

Leyes de Solon.

Muera el hijo que no cuida de enterrar á su padre, y asimismo el que no le defiende.

Que se prohiba al adúltero la entrada en el templo.

Que el magistrado borracho beba la cicuta.

Que muera el soldado cobarde.

La ley permite matar al ciudadano que se mantenga neutral en las disenciones civiles.

El que quiera morir, dígalo al arconte, y muera.

Que muera el sacrílego.

Esposa, guia á tu esposo ciego.

El hombre sin costumbres no podrá gobernar (1).

(1) Arist. *Pol.*; Plat., *de Leg.*
(1) Plut. *in Vit. Sol.* Tit. Liv,

Leyes primitivas de Roma.

Honra la modesta fortuna.
El hombre sea labrador y guerrero.
Reserva el vino para los viejos.
Condena á muerte al labrador que coma el buey (1).

Leyes de los galos ó de los druidas.

El universo es eterno, el alma inmortal.
Ora á la naturaleza.
Defended á vuestra madre, á vuestra patria y á la tierra.
Admite la muger á tus consejos.
Honra al estrangero, y pon aparte su porcion en la siega.
El infame sea sepultado en el cieno.
No levantes templo, y no confies la historia de lo pasado sino á tu memoria.
Hombre, tú eres libre; sé sin propiedad.
Honra al viejo, y que el jóven no pueda deponer contra él.
El valiente será recompensado despues de su muerte, y el cobarde castigado (2).

Leyes de Pitágoras.

Honra á los dioses inmortales, segun están establecidos por la ley.
Honra á tus padres.
Haz lo que no aflija tu memoria.

(1) Plut. *in Num.* Tit. Liv.
(2) Tac., *de Mor. Germ.*: Strab. Cæs., *Com. Edda.* etc.

No admitas el sueño en tus ojos, hasta que hayas examinado tres veces en tu alma las obras del dia.
Pregúntate á tí mismo ¿dónde has estado, qué has hecho y qué debias hacer?
De este modo despues de una vida santa, y que tu cuerpo haya vuelto á los elementos, te harás inmortal é incorruptible, sin poder jamás morir (1).
Tal es con corta diferencia lo que nos ha quedado de aquella sabiduría tan famosa de los tiempos antiguos. Allí se representaba á Dios como una oscuridad profunda: y así en efecto era; mas á fuerza de luz, como aquellas tinieblas que cubren la vista, cuando se quieren fijar los ojos en el sol. Al hombre sin amigo se le declara aquí infame; y por esta regla ha declarado infame el legislador á todos los desgraciados. Mas allá el suicidio se eleva al grado de una ley. Finalmente, algunos de aquellos sábios manifiestan que olvidan enteramente un ser supremo ¿Y cuántas cosas vagas, incoherentes y comunes no se hallan en la mayor parte de sus sentencias? Los sábios del Pórtico y de la Academia anuncian sucesivamente unas máximas tan contradictorias, que por el mismo libro se puede probar que el autor creia y no creia en Dios; que reconocia y no reconocia una virtud positiva; que

(1) Pudiera añadirse á estas tablas un estracto de la *república* de Platon, ó por mejor decir, los doce libros de sus leyes, que son á nuestro parecer, sus mejores obras, no solo por la hermosa pintura de tres viejos que discurren yendo á la fuente, sino por la razon que reina en su diálogo. Pero como estos preceptos no se han puesto en práctica, tampoco hablaremos de ellos.
En cuanto al Coran, cuanto en él se encuentra que sea santo y justo, se ha sacado palabra por palabra de nuestros libros sagrados, todo lo demas es una mala compilacion rabínica.

la libertad es el primero de los bienes, y el despotismo el mejor de los gobiernos.

Si en medio de tantas incertidumbres apareciese un código de leyes morales, breve, claro, sin contradicciones ni errores; que fijase nuestras dudas, nos enseñase lo que debemos creer de Dios; y finalmente, cuales eran nuestras verdaderas relaciones con los hombres, y si este código se anunciase con un tono firme y un lenguage sincero, ¿no seria preciso convenir en que sus leyes solo podian dimanar de Dios? En efecto, es asi; tenemos estos preceptos divinos; ¡y qué preceptos para un sábio! ¡Y qué cuadro para un poeta! Fijad si no la atencion en aquel hombre que baja de esas alturas abrasadas, y que sostiene con sus manos una tabla de piedra, apoyada en su pecho; su frente se mira adornada de dos rayos de fuego; su rostro resplandece con las glorias del Señor, y el terror de Jehovah le precede: al horizonte se descubre la cadena del monte Libano con sus perpétuas nieves y sus altos cedros, que parece llegan al cielo. La posteridad de Jacob postrada al pie de la montaña, se cubre el rostro, temiendo ver á Dios y morir. Cesan no obstante los truenos, y se oye una voz que dice:

Escucha, ¡oh Israel! á mi Jehovah, *tus dioses* (1) que te he sacado de la tierra de Mitzraim, de la casa de esclavitud.

1 No tendrás otros dioses en mi presencia.
2 No haras ídolos con tus manos, ni imágen alguna de lo que hay en las *espantosas aguas superiores*, ni sobre la tierra abajo, ni en las aguas

(1) Traducimos el Decálogo palabra por palabra del hebreo, á causa de esta espresion *tus Dioses*, que no se halla en ninguna version. Véase la nota E al fin del tomo.

bajo la tierra. No te inclinarás delante de las imágenes, ni las servirás; porque yo soy Jehovah, *tus Dioses*, el Dios fuerte, el Dios celoso, que castigo el pecado de los padres, y la maldad de los que me aborrecen, hasta los hijos de la tercera y cuarta generacion, y colmo de infinitas gracias á los que aman y guardan mis mandamientos.
3 No tomarás en vano el nombre de Jehovah, *tus Dioses*; porque no declarará inocente al que tome su nombre en vano.
4 Acuérdate del dia del sábado para santificarle. Trabajarás seis dias haciendo tus labores, y en el sétimo de Jehovah, *tus Dioses*, no harás obra alguna tú ni tu hijo, ni tu hija, ni tu criado, ni tu criada, ni tu camello, ni tu huésped, *delante de tus puertas*. Porque en seis dias Jehovah hizo las *maravillosas aguas superiores* (1), la tierra, el mar, y todo lo que hay en ellas, y descansó en el sétimo; Jehovah, pues, le bendijo y le santificó.
5 Honra á tu padre y á tu madre, para que tus dias sean largos sobre la tierra, y despues de la tierra que Jehovah, *tus Dioses*, te ha dado.
6 No matarás.
7 No seras adúltero.
8 No hurtarás.

(1) Esta traduccion está muy distante de dar una idea de la magnificencia del testo. *Shamajin* es una espécie de grito de admiracion, como la voz de todo un pueblo que mirando al firmamento dijese en alta voz: *¡Mirad esas aguas milagrosas suspendidas á manera de bóvedas sobre nuestras cabezas! ¡Esas bóvedas de cristal y de diamante!* ¿Cómo es posible en la traduccion de una ley poner en nuestra lengua esta poesía que espresa una sola palabra?

9 No levantarás contra tu vecino ningun falso testimonio.
10 No codiciarás las cosas agenas, ni la muger de tu vecino, ni su criado, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna que sea suya.

Tales son las leyes que grabó el Eterno no solo en los mármoles del monte Sinaí, sino tambien en el corazon de los hombres: lo que mas sorprende al pronto es el carácter de universalidad que distingue á esta tabla divina de todas las humanas que la precedieron. Esta es la ley de todos los pueblos, de todos los climas y de todos los tiempos. Pitágoras y Zoroastres se dirigen á los griegos y á los medos; pero Jehovah habla á todos los hombres. Se conoce que este legislador omnipotente, que vela sobre todas las partes de la creacion, deja caer igualmente de su benéfica mano el grano de trigo que alimenta al insecto, y el sol que le alumbra.

Nada es por lo demas tan admirable por su sencillez llena de justicia, como las leyes morales de los hebreos. Los paganos mandaron que se honrase á los autores de nuestra vida, y Solon decretó la muerte contra el mal hijo. Pero ¿qué hace Dios? Promete la vida á la piedad filial. Este mandamiento se tomó del manantial mismo de la naturaleza. Dios hizo un precepto del amor filial y no le hizo del amor paternal; porque sabia muy bien que el hijo, en quien vienen á reunirse todos los recuerdos, y las esperanzas del padre, comunmente era amado de él hasta el esceso; pero manda al hijo que ame, porque conocia la inconstancia y el orgullo de la juventud.

A la fuerza del sentido interior del Decálogo se junta la magestad y la gracia de las formas, como en todas las demas obras del Todopoderoso. El bracman espresa lentamente las tres presencias de Dios; el

nombre de *Jehovah* las manifiesta en una sola palabra; estos son los tres tiempos del verbo *ser*, unidos con una combinacion sublime; *havah*, él fué; *havah*, *siendo*, ó él es, y *yo*, que cuando se halla colocado delante de las tres letras radicales de un verbo, indica lo futuro, y quiere decir en hebreo, *él será*.

Ultimamente, los legisladores antiguos señalaron en sus códigos las épocas de las fiestas nacionales. Mas el dia del descanso de Israel es el mismo del descanso de Dios. El hebreo y el gentil su heredero, tienen presente, en las horas de su trabajo oscuro, nada menos que la creacion sucesiva del universo. No obstante, la Grecia tan poética, ¿pensó jamás en referir los cuidados del labrador ó del artesano á aquellos famosos instantes en que Dios crió la luz, trazó el curso del sol, y animó el corazon humano?

Leyes de Dios, ¡cuán poco os pareceis á las de los hombres! Eternas como el principio de donde emanais, en vano pasan los siglos sobre vosotras: os resistis á los siglos, á la persecucion y á la corrupcion misma de las costumbres. Esta legislacion religiosa organizada en el seno de las legislaciones políticas, y sin embargo independiente de su triste suerte, es un gran prodigio. Mientras que las formas de las monarquías pasan y se modifican, y en tanto que el poder va de mano en mano, á merced de la fortuna, algunos cristianos que se han mantenido fieles en medio de la adversidad, continúan adorando al mismo Dios, y sometidos á sus mismas leyes, sin creerse dispensados de sus obligaciones por las revoluciones, las desgracias y el ejemplo. ¿Qué religion no perdió en la antigüedad su influencia moral, cuando perdió sus sacerdotes y sus sacrificios? ¿Dónde están los misterios de la gruta de Trofonio, y los secretos de Ceres Eleusina? ¿No cayó enteramente Apolo con Delfos, Baal con Babilonia, Serapis con Thebas, y Júpiter con el

Capitolio? Solo el cristianismo ha visto caer muchas veces los edificios en que se celebraban sus pompas, sin trastornarse por su caida. Jesucristo no siempre ha tenido templo; pero todo sirve de templo al Dios vivo: la mansion de los muertos, las cavernas de las montañas, y sobre todo el corazon del justo; no siempre tuvo altares de pórfido, cátedras de cedro ni de marfil, ni hombres felices por siervos; pero una piedra en el desierto fué bastante para celebrar alli sus misterios, un árbol para predicar alli sus leyes, y una cama de espinas para practicar sus virtudes.

LIBRO TERCERO.

Verdades de la Escritura; caida del hombre.

CAPITULO PRIMERO.

Superioridad de la tradicion de Moisés sobre todas las demas cosmogonías.

Hay algunas verdades de las que nadie puede dudar, á pesar de que no se puedan presentar pruebas inmediatas acerca de ellas. De este género son la rebelion y la caida del espíritu de soberbia, la creacion del mundo, la felicidad primitiva, y el pecado del hombre. Es imposible creer que una mentira absurda llegue á ser una tradicion universal. Abrid los libros del segundo Zoroastes, los Diálogos de Platon y los de Luciano, los tratados morales de Plutarco, los fastos de los chinos, la Biblia de los hebreos, los Eddas de los escandinavos; consultad los negros de Africa (1) ó los sábios sacerdotes de la India, y vereis como todos os refieren los delitos del dios del mal, y os pintan muy corto el tiempo de la felicidad del hombre,

(1) Véase la nota F. al fin del tomo.